

de vez en cuando pueblan los paseos de nuestras ciudades.

Eso es lo que suele suceder con los libros de poesía. Sus cortas tiradas y su escasa o nula distribución los ensombrecen con demasiada frecuencia. Este bien podría haber sido el destino de *Los círculos concéntricos*, si su autor no lo hubiera colgado en su blog personal: esa inapreciable oportunidad que Internet brinda a todos los consumidores del mundo virtual. De esta manera, el poemario de Alejandro Céspedes tendrá los lectores que se merece. Que, dada su calidad, tendrían que ser miles.

En las páginas —de imprescindible lectura— que abren el libro, Alejandro Céspedes nos pone en antecedentes de los avatares del mismo. Nos va explicando la ardua tarea que supuso la creación de *Los círculos concéntricos* y de cómo el personaje femenino se le fue imponiendo desde el primer verso negándose a aceptar las «manipulaciones» a la que le exponía el autor.

El libro, elaborado con la dedicación, paciencia y cariño de un orfebre, relata la trágica historia de Aurora. Céspedes, a través de una serie de fragmentos (encadenados entre sí sin ningún tipo de fisuras y poseedores de una palabra justa e irremplazable) va dejando hablar a su personaje sin tapujos, pero siempre observándolo con tal dulzura y respeto que si no supiéramos que en

todos los órdenes de la vida las cosas nunca son lo que parecen, nos inclinaríamos a pensar que el autor, de alguna forma, ha sido un espectador cercano a los hechos que nos narra.

Desde el núcleo de los círculos de los que intenta salir y por los que irá transitando hasta llegar a su extrarradio, Aurora nos cuenta una existencia marcada por las abominables circunstancias que rodean su infancia y adolescencia, transcurridas entre el desconcierto, el silencio, y la culpa: «Traspassar la frontera era muy fácil. Quién dice a la caricia cuál es el territorio prohibido [...] Qué puntos de la piel van indicando dónde están los linderos del camino por el que transitar es aún posible sin tener que esconder las emociones...» (p. 13)

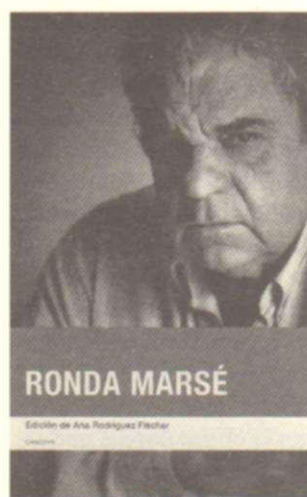
Ningún fragmento de este libro nos deja indiferentes. La voz de Aurora con veracidad y emoción nos sumerge en su mundo de silencios y misterios, que según nos van siendo revelados nos conmueven y estremecen: «Supe a los doce años que aquel coche tan grande era un Seat —y con dos apellidos que son Mil Cuatrocientos Verde, como el agua estancada. Y fuimos a estrenarlo. Hasta esa edad recuerdo pocas cosas pues la memoria era un territorio inexplorado, oculto, solo útil para que en él pastasen mis secretos...» (p. 21)

A partir de este episodio la historia se precipita. La rebelión, el asco y el dolor se

manifiestan todos de golpe. Aurora rompe las ataduras y recupera una libertad no exenta de aflicción y culpa, pero salvadora: «Todo está consumado. No puede haber condena más perpetua que darle de mamar a los recuerdos. Cualquiera otra justicia es de este mundo y a mí ya no me alcanza porque hace mucho tiempo que habito en la ceniza de una estrella apagada. Nunca habrá redención pues no es culpa del pájaro si se estrella su cuerpo contra el cristal traidor de una ventana...» (p. 40)

Como bien dice Emilio Porta en un texto que, a modo de prólogo, acompaña a la justificación del libro por parte del autor, *Los círculos concéntricos* no es otra cosa que una brizna —muchas briznas diría yo— de amor y dolor profundo de Alejandro Céspedes.

HERME G. DONIS



Ana Rodríguez Fischer (ed.)

Ronda Marsé

Candaya, Barcelona, 2008

Marsé & Cía

Es edificante constatar cómo la aventura que Candaya inauguró con aquella *Historia abreviada de la literatura portátil* dedicada a Vila-Matas ha tenido a lo largo de los meses una continuidad nada gratuita. La presente *Ronda Marsé*, preparada por la profesora y novelista Ana Rodríguez Fischer, supone un nuevo y decisivo paso, un nuevo eslabón, que enriquece por su rigor y acentuada amenidad la colección de Ensayo de la citada editorial.

Ana Rodríguez, en la introducción al libro que ha preparado, vincula la colección a aquella ya mítica de Taurus, «El escritor y la crítica». Efectivamente: el autor frente a la crítica (y no específicamente frente a los críticos). Es esa línea

que la editora del presente volumen, recordando los nombres eminentes de Clarín, Galdós, Unamuno, Azorín y Baroja, entre otros, llama «línea diacrónica». El análisis de las grandes obras literarias desde el punto de vista de lo que se vino a llamar la estética de la recepción. Resulta siempre muy agradable observar cómo fueron recibidas por la crítica novelas que han pervivido, que han atravesado la frontera de los años. Y es por eso, por esa intencionalidad, que el libro que nos ocupa está estructurado en varios apartados. Tras uno inicial, genérico, verdadero punto de partida que la editora titula «Semblanza humana y literaria de Juan Marsé», se va saltando cronológicamente de novela en novela, partiendo de *Encerrados con un solo juguete*, siguiendo con *Últimas tardes con Teresa*, y así hasta las *Canciones de amor*, de 2005. Sin olvidar los autorretratos, que son los que, con justicia y con esa ironía tan propia del autor (ironía corrosiva, se ha dicho), abren el camino de la ronda. «Siempre pertrechado para irse al infierno en cualquier momento», nos dice el propio Marsé. Pues sí, la Ronda puede llevarnos muy lejos.

El apartado inicial, el dedicado a la semblanza del autor, inicia la Ronda con la inclusión de artículos firmados por nombres tan representativos como Azúa, García Montero, Mainer, Marcos Ordóñez, Mendoza, Muñoz Molina, Vázquez

Montalbán o Vila-Matas (el orden alfabético no es casual, como veremos). Trazan los autores una aproximación humana y literaria. Aparece en estos textos iniciales la ironía del amigo, la nostalgia biográfica del lector, el análisis pormenorizado, el retrato impresionista, el apunte certero (alguno, de Mainer por ejemplo, ha hecho fortuna a lo largo de los años), las aproximaciones al microcosmos urbano, al análisis de ese particular «realismo con fe», a la influencia del cine, al peso de la historia, del recuerdo y de la nostalgia. El perfil que trazan estas páginas es justamente ese: el de una aproximación. Es decir, multitud de caminos quedan apuntados, ninguno acotado ni extinguido. Pero a la vez, son el pórtico necesario para el análisis que vendrá a partir de entonces. La mayoría de artículos recogidos en esta primera parte están fechados en la década de los noventa y en los primeros años del presente siglo. Que los autores aparezcan ordenados de forma alfabética, aquí y en el resto de apartados, equivale a no dar importancia preeminente a ninguna de las voces, a asumir que el sentido global del texto vendrá dado por las diferentes opiniones vertidas, omitiendo incluso el orden exacto, cronológico o temático, de esas voces.

Comienza entonces esa «línea diacrónica» que Ana Rodríguez señalaba en la introducción: la recepción y la crítica, que no son siempre la misma cosa, de cada una de las obras de Juan Marsé.

El tiempo de los artículos se ciñe aquí, en la mayoría de los casos, al momento de la aparición de esas novelas, observando así la forma en que fueron recibidas por los críticos más destacados, las expectativas que vinieron a romper, a trascender, el acomodo que tuvieron en el devenir cotidiano de nuestra narrativa. Así, por citar solo algunos, los casos de Díaz Plaja, Vilanova y Vargas Llosa a propósito de *Últimas tardes*; los de Rafael Conte o Dionisio Ridruejo para *Si te dicen*; los de García-Posada y Suñén para *Ronda del Guinardó*, o el de Nora Catelli para *Temiente Bravo* (el libro de cuentos). Ya más recientes desde nuestra perspectiva (engañosa, no en vano «de todo hace ya casi veinte años») los de Víctor Erice, Echevarría, Masoliver Ródenas o la propia Ana Rodríguez Fischer. Otros textos clásicos de Barral, Martín Gaité o Vázquez Montalbán complementan el conjunto de voces que no solo opinan sino que también inquietan.

Pero junto a estas reseñas, «palabra en el tiempo» en machadiana expresión recogida por Ana Rodríguez en sus palabras preliminares, hay otros artículos, otras reseñas, de aparición más o menos reciente que dialogan desde la orilla del hoy con aquellos otros textos escritos en los años de aparición de las novelas. Así, aparte de los de la semblanza inicial, los de Antonio Soler, Lluís Izquierdo o Pérez-Reverte para *Últimas tardes*; el de Mainer para *La oscura historia*, o el Caballero Bonald para *Si te dicen que caí*, entre otros.

La mayoría de los textos proceden de publicaciones periódicas, revistas especializadas, suplementos culturales (aunque alguna de las reseñas había ya sido recogida en volumen, así la de Antonio Vilanova, por ejemplo, o alguna de Vázquez Montalbán, entre otras), también de prólogos y epílogos de las reediciones de las novelas, o de textos ensayísticos más amplios (pienso en *De postguerra*, de Mainer). En cualquier caso, la editora ha señalado, tras la transcripción de cada una de las reseñas, su origen y devenir posterior.

En la introducción, Ana Rodríguez nos habla de un dibujo trazado «que ojalá se perciba con claridad». Frente a la exhaustiva bibliografía manejada, recogida en la parte final del libro, resulta fácil hacerse una idea. Un dibujo trazado a partir de textos muy diversos que puedan, una vez unidos, darnos un retrato lo más fiel posible no solo del valor y significación de Marsé para nuestras letras sino también de los criterios estéticos que vinieron a condicionar la recepción de sus obras. Para ello, para lograr ese fin preciso, se ha debido huir de apriorismos, de filias y fobias, de prejuicios. Permitir que fueran los propios autores, estos sí con sus propias filias y fobias tan humanas, los que dialogaran. Siempre ocurre así en la historia literaria, una suma de voces que desde laderas más o menos alejadas, van prefigurando un canon determinado. Ronda Marsé, y libros como Ronda Marsé, permiten asistir a ese diálogo.

El DVD que acompaña al libro, el documental de Xavier Robles *Un jardín de verdad con ranas de cartón*, supone un regalo añadido. Vemos y escuchamos a Marsé, él, que siempre tan esquivo dejó dicho que «no hay nada que le aburra tanto como hablar de sí mismo». Una charla amistosa, más que entrevista, entre el autor y Lluís Izquierdo es el hilo que nos conduce a diferentes calas en las que el novelista se detiene. Y viendo el reportaje, disfrutándolo, uno no puede evitar regresar una vez más a las palabras de Ana Rodríguez, cuando lamenta dejar fuera del conjunto, por evidentes razones de espacio, algunas entrevistas. Sin duda. Por eso, además de animar a que se sigan produciendo proyectos como el que aquí comentamos, no estaría de más hacer lo mismo con tantas entrevistas literarias que estaría muy bien recuperar.

Ronda Marsé no solo supone una merecida revisión crítica de la obra de nuestro autor (tan necesaria siempre en el caso de Marsé, excepcional narrador, nadie lo duda ya, pero aquejado todavía por tópicos que no se han desvanecido del todo), sino un verdadero placer para el lector atento. Toda una ronda, naturalmente. Por los escenarios de siempre; la barriada de la Salud, el Guinardó, el Carmel, la montaña Pelada, el norte de Gracia. Por los personajes inolvidables, reales o de ficción; Teresa y el Pijoaparte, Javaloyes, Carmen Broto, Forcat, Faneca, tantos otros. Por las *aventis*, la

memoria, la nostalgia y el tiempo recuperado. Por los autores y críticos que se han ocupado en alguna ocasión de Marsé. Por la historia de la crítica y de la recepción literaria. Y, al final, una ronda también por Marsé mismo (o por los Marsés mismos). De esa singularidad, de esa extraordinaria pluralidad, nos habla este libro.

RAMÓN ESQUIROL



Juan Villoro

De eso se trata

Anagrama, Barcelona, 2008

Un strip-tease al revés

Si en el prólogo a *Efectos personales* Juan Villoro sostenía que los ensayos literarios «entregan el retrato íntimo y accidental de sus autores», en el prólogo a *De eso se trata* se muestra aún más rotundo: «Cuando un novelista explica su propia obra, suele ejercer una variante de la fabulación, en ocasiones más creativa

que sus novelas. Ensayar sobre los otros ofrece una confrontación más indirecta pero más sincera: «Denle una máscara a un hombre y dirá la verdad», comentó Oscar Wilde. En este *strip-tease* al revés, las revelaciones llegan por lo que uno se pone encima».

¿Y cuáles son las máscaras que Juan Villoro se ha puesto encima, en su segundo libro de ensayos literarios, para seguir confrontándose indirectamente consigo mismo? La de Harold Bloom, que es la máscara de Shakespeare, la de Cervantes, la de Casanova, la de Goethe, la de Rousseau, la de Borges & Bioy (una doble máscara para una criatura bicéfala), la de Chéjov, la de Hemingway, la de Lowry, la de Onetti... Hasta la máscara (con boina) de Pla se ha colocado Villoro para lanzarse a explorar el lugar de la ficción, aunque en el caso del de Palafrugell la ficción se vista con la ropa usada del diarismo.

De la traducción que Tomás Segovia hizo de *Hamlet* («de eso se trata» es la frase con la que el poeta españolizó, sagazmente, el «that is the question» yorickiano) Villoro ha extraído el título para un libro azaroso que, sin embargo, puede leerse como una biografía literaria. Y no porque los autores de los que se ocupa le hayan marcado de forma indeleble (al contrario: la mayor parte de los ensayos, al igual que los que componían *Efectos personales*, son trabajos de encargo), sino porque desentrañando sus vidas

a la vez que sus obras es como Villoro da lo mejor de sí como lector y como escritor. *De eso se trata* es la biografía de alguien que lee para nutrirse de lo que lee y no simplemente para llenar su estómago lectoral. Lo que otros hubieran solventado con mayor o menor profesionalidad, sin ir más allá del trabajo bien hecho, él lo convierte en materia literaturizable. Villoro interconexiona a los escritores con sus obras y con las obras y las vidas de sus contemporáneos, enfocándolos desde todas las perspectivas posibles, incluida, por supuesto, la de la actualidad. Al margen de la ortodoxia académica y teórica, sin gratuito acarreo erudito, Villoro contamina novelescamente sus ensayos, sometiéndolos a sus intuiciones de lector a sus argucias de narrador. No mezcla obras y vidas: las imbrica. Y con esas imbricaciones monta unos relatos ensayísticos, o unos ensayos narrativos, de impecable factura y sorprendente efectividad. Villoro consigue ganarse de inmediato la complicidad del lector, procurando hablar siempre hacia sí mismo, sin aspavientos, y evitando toda clase de imposiciones, tanto negativas como entusiastas. Su manera de ensayar es una forma de razonar, a la vez que de narrar. Y razonando lecturas y contando vidas es como nos cuenta su propia vida y nos explica su propia obra.

JULIO JOSÉ ORDOVÁS